

Los decires y los haceres*

Enrique Martín Criado

Universidad de Sevilla. Departamento de Sociología
41005 Sevilla. Spain

Resumen

La mayoría de las técnicas de investigación sociológicas son lingüísticas. Ello plantea el problema de la relación entre lo que los sujetos hacen y lo que dicen. Normalmente se analiza esta problemática desde una perspectiva idealista que reduce el lenguaje a expresión. Se propone, a partir de las obras de Goffman y Bourdieu, una perspectiva pragmática del lenguaje: los discursos son prácticas de los sujetos en situaciones sociales. Desde esta perspectiva, la pregunta sobre la relación entre los decires y los haceres lleva al análisis de la relación entre las diversas censuras estructurales de las diversas prácticas —discursivas y extradiscursivas— en distintas situaciones sociales.

Palabras clave: metodología sociológica, técnicas de investigación, discurso, sociedad y lenguaje.

Abstract. *To say and to do*

Most of research techniques in sociology are linguistic. This raises the question of the relation between what the subjects say and what they do. This question is usually analyzed from an idealistic perspective, which reduces language to expression. A pragmatic perspective of language —based upon Goffman and Bourdieu's work— is proposed: discourses are subject's practices in social situations. From this point of view, the question about the relation between what people say and what they do leads us to the analysis of the relation between the different «structural censorship» of the different —discursive and extra-discursive— practices in different social situations.

Key words: methods and techniques in social sciences, discourse, society and language.

* Este artículo es la reelaboración de una ponencia presentada en el curso «Crítica del lenguaje institucional. Nuevos métodos/nuevas teorías: fundamentos de la crítica de las ciencias sociales», dirigido por Narciso Pizarro, en la Universidad Libre de Maspalomas en julio de 1993. Agradezco a Miguel Beltrán las críticas a una versión anterior —menos precisa, si cabe, que la actual— del texto.

Sumario

- | | |
|---|--|
| 1. Erving Goffman | 3. La diversidad de prácticas y de discursos |
| 2. Bourdieu: el sentido práctico y el mercado de la interacción | Bibliografía |

Encuestas, entrevistas, grupos de discusión..., los instrumentos habituales —y, en muchos casos, únicos— del trabajo de campo del sociólogo se caracterizan por el rasgo común de ser tecnologías lingüísticas. El acceso del sociólogo a la realidad social es fundamentalmente un acceso mediado por los discursos de los sujetos.

Ello plantea inmediatamente una problemática central de toda la metodología sociológica: ¿qué relación hay entre los datos que utiliza el sociólogo —discursos, respuestas a preguntas— y las prácticas de los sujetos?

Esta pregunta suele enunciarse, en las ciencias sociales y revistiendo diversas formas, estableciendo una escisión entre el decir y el hacer: separándolos como ámbitos muy distintos. Simplificando, la forma habitual de plantear el problema partiría de los siguientes presupuestos:

- a) El sujeto real, verdadero, sería el de la práctica: el sujeto que actúa.
- b) Pero no podemos acceder directamente, en la mayoría de los casos, a este sujeto real: hemos de recoger su discurso, enfrentarnos, no con un sujeto actuante, sino hablante.
- c) La relación entre el sujeto actuante y el hablante se plantea bajo el binomio de la verdad y la mentira: ¿nos dice el sujeto la verdad de sus prácticas? Este binomio toma diversas formulaciones según la perspectiva teórica: se hablará de «sesgo» en la literatura positivista sobre técnicas de investigación, o de «ideología», «legitimación falseadora» o «mala conciencia» en la literatura de inspiración marxista. En uno y otro caso, la pregunta se reformularía de la siguiente manera: ¿cómo acceder al discurso verdadero del sujeto? O también: ¿cómo acceder al discurso del sujeto verdadero?

Enunciándolo de esta manera, ya comenzamos a ver la concepción del sujeto y del discurso que subyace a esta formulación de la pregunta. Simplificando, podríamos presentarla de la siguiente manera: el sujeto que habla es un sujeto-conciencia: sujeto compacto, sin fisuras, que podría, en determinadas condiciones —las de la técnica correcta— revelarnos la verdad de sus prácticas: sus «opiniones», «actitudes» o «razones» —que, en una curiosa y problemática circularidad, terminarían «explicando» sus prácticas—. A este sujeto-mente le corresponde una concepción del discurso como «expresión»: mero vehículo de los contenidos internos almacenados en la conciencia del sujeto.

Se hace preciso, pensamos, reformular el problema para extraerlo de las premisas idealistas en que normalmente se lo piensa. Es lo que vamos a intentar partiendo de dos cuerpos teóricos: por un lado, la obra de Erving Goffman; por otro, la obra de Pierre Bourdieu.

1. Erving Goffman

Los autores de la etnometodología y la sociolingüística americanas desarrollaron una teoría sobre la producción lingüística basada en la concepción del discurso como práctica. Una de las principales fuentes de esta concepción es el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, con su teoría de los «juegos de lenguaje». Hablar es, para Wittgenstein, una técnica que se aprende en la práctica. Para entender la producción lingüística no tenemos que remitirnos a significados interiorizados en la conciencia —a códigos—, sino a las situaciones prácticas en las que se manejan palabras y que se manejan con palabras. Hemos de estudiar el lenguaje no como relación referencial, sino como práctica en un universo de prácticas. Será en Erving Goffman donde encontremos uno de los desarrollos teóricos más completos de esta concepción.

1.1. *Los discursos como jugadas en situaciones sociales*

Para Goffman los discursos son fundamentalmente prácticas: con ellos no nos «expresamos», sino que hacemos cosas. Los movimientos discursivos son para este autor «jugadas» —*moves*— en el juego de la interacción con los que los actores gestionan su propia imagen —*face*— delante de los demás. El juego de la interacción es una dinámica muy seria: en ella se negocia constantemente el valor social —la identidad— de los distintos participantes.

Y ¿cuál es la unidad pertinente para analizar el orden de las interacciones? Lo principal para Goffman no será tanto el sujeto —cuyos discursos y prácticas van cambiando en función de las circunstancias¹—, como la «situación social»: en función de los participantes, del espacio en el que se desarrolla la interacción, de la «definición de la situación» variarán las normas de aceptabilidad de los discursos y prácticas. Lo que el concepto de «situación social» pone de relieve es que hay un orden público comunicacional —una *economía comunicativa* (Hymes, 1972)— que impone un orden de regulaciones sobre la interacción: una selección del tipo y número de participantes que pueden intervenir, una estructura de lo decible, un margen para el cambio de tema, una selección sobre el tipo de actuaciones (verbales y no verbales: movimientos corporales, posición, tono de voz...) permitidas, un margen para la divergencia de opiniones, un determinado grado de implicación en la situación... En la medida en que una persona pertenece a un grupo social, adquiere el sentido de su *economía comunicativa*: de los tipos de sitios, situaciones y acontecimientos sociales que en cada uno se dan y del tipo de conducta que hay que presentar en cada uno de ellos. A través de las redes sociales por las que se mueve, el individuo va a adquirir una competencia comunicativa: un aprendizaje

1. La perspectiva de Goffman es radical aquí: el *self* es una fórmula que se maneja en la interacción: las personas no son algo a lo que habría que llegar, sino que se van construyendo y reconstruyendo en el curso de las interacciones. La existencia de una persona «verdadera» es un presupuesto de sentido común sobre el que se juega el sentido de la interacción (Goffman, 1974: 573).

práctico de las situaciones sociales y de los rituales de interacción y estructura de constricciones propios de cada una. Pertener a un grupo implica, en este sentido, compartir con el resto de miembros del grupo una competencia comunicativa.

1.2. *Sujetos creyentes y escindidos*

Lo expuesto hasta aquí es seguramente lo más conocido de Goffman en España. A partir de ello se ha difundido la idea de que la concepción del sujeto de Goffman es fundamentalmente la de un «actor»: un sujeto cínico que desarrollaría estrategias siempre interesadas en el juego de la interacción. Sin embargo, una lectura detenida del conjunto de la obra de Goffman —y sobre todo de la que, en muchos aspectos, es su obra cumbre, *Frame analysis*— nos lleva a una concepción del sujeto muy distinta: un sujeto a la vez creyente y escindido. Lo vamos a ver a partir de dos conceptos fundamentales: el de implicación y el de marco.

1.2.1. Implicación

Uno de los puntos en los que más insiste Goffman a la hora de distinguir situaciones sociales es en el grado de implicación que requieren. La implicación es definida como «un proceso psicobiológico en el que el sujeto llega a no controlar, al menos parcialmente, la dirección de sus sentimientos y su atención cognitiva» (1974: 346). Cada situación social requiere de los participantes un grado de implicación afectiva y cognitiva, una determinada «distancia al rol». El exceso o el defecto de implicación es una impropiedad situacional.

La implicación es un buen ejemplo de la incorporación de las exigencias de la estructura social: tenemos que implicarnos en las situaciones, pero hacerlo «naturalmente», sin esforzarnos en ello: «si tiene que mantenerse un foco de atención particular, no puede hacerse intencionalmente (al menos, no del todo), ya que esta atención introduciría un foco de atención diferente, el de mantener un foco de atención particular» (1974: 346). El concepto de implicación es fundamental, por tanto, porque a través de él vemos cómo la adquisición de una competencia comunicativa no es el simple aprendizaje de una habilidad: es también la adquisición de un interés, de una creencia. El concepto de implicación nos aleja de toda concepción del sujeto como conscientemente estratégico: es también un sujeto sujetado, un sujeto producido para jugar el juego sin plantearse si vale la pena jugarlo, si puede no jugarlo. Y ello porque el concepto de implicación nos lleva a dos características fundamentales de la interacción:

- a) El orden de la interacción es un orden moral: los actores hacen esfuerzos continuos de «mantenimiento de la normalidad» porque las «delincuencias interaccionales» son atentados contra el orden de las cosas, contra las categorías, rutinas y rituales mediante los cuales se reproduce cotidiana-

mente el orden social. Aprendemos el orden social —sus categorizaciones, jerarquías, exclusiones e inclusiones, definiciones de grupos, individuos, situaciones...— en el orden de las interacciones cotidianas, interiorizándolo a partir de todas las rutinas de interacción que vamos aprendiendo a medida que nos movemos por distintas situaciones sociales. Este «sentido práctico» del orden social, incorporado en nuestras rutinas y gestos diarios, es el que nos explica las situaciones de embarazo, de vergüenza ajena y de incomodidad ante delincuencias interaccionales que lo hacen peligrar.

- b) La identidad de los sujetos se construye en el orden de las interacciones con los otros: en las definiciones del yo —que suponen un determinado valor social— que allí se negocian. Por ello hay una inversión emocional de los sujetos en el juego de la interacción: porque lo que está en juego no es solamente el «crédito social» que podemos obtener, sino toda nuestra identidad².

1.2.2. Marco

El concepto de implicación nos lleva a ver al actor que negocia su imagen como un sujeto sujetado: implicado, creyente. Ahora bien, este sujeto actuará de una manera u otra en función de la situación social en que se halle. ¿Es posible que este actor tan variable sea a la vez un sujeto creyente, que actúa con convicción, manteniendo el grado de implicación requerido en cada caso? La respuesta —afirmativa— nos la da Goffman con su teoría del marco: una teoría con la que, al mismo tiempo, intenta explicar la producción cotidiana de sentido en las interacciones sociales.

Nuestra experiencia se halla dividida en diferentes universos de existencia. Cada uno de estos subuniversos —«marcos»— tiene sus propias leyes de funcionamiento —de verosimilitud—. La experiencia se organiza, por tanto, en una serie de dominios separados: dominios de relevancia. Cada uno de estos dominios no implica simplemente un paquete de información, sino una serie de procedimientos generativos a partir de los cuales se va a dar sentido a la experiencia. A partir de los marcos de interpretación seleccionamos, entre la multitud de aspectos que se ofrecen a nuestra percepción, aquéllos que son relevantes y los coordinamos en un esquema que les da sentido³.

2. Es esta lógica de inversión emocional de los sujetos la que nos puede explicar que en muchos casos la «presentación en público» pueda ser contraria a los intereses inmediatos (Goffman, 1974: 552).
3. Cuando, en nuestra sociedad occidental, el individuo reconoce un acontecimiento particular, tiende, entre otras cosas, a implicar (y de hecho a emplear) en su respuesta uno o varios marcos o esquemas de interpretación de una manera que puede llamarse *primaria*. Digo primaria porque la aplicación de tal marco o perspectiva es vista por aquellos que lo aplican como no dependiendo o no remitiéndose a alguna interpretación anterior u «original»; de hecho un marco primario es uno que es visto como lo que convierte lo que de otra manera sería un aspecto sin sentido de la escena en algo que tiene sentido (Goffman, 1974: 21).

Estos esquemas cognitivos se generan prácticamente, socialmente, organizacionalmente⁴. La experiencia está socialmente estructurada en una serie de ámbitos: situaciones normativamente fijadas. El proceso de aprendizaje es un proceso de saber adaptarse a estas situaciones: de adquirir prácticamente los esquemas mediante los cuales se da sentido a los objetos, acciones y palabras dentro de las situaciones. Adquirir la competencia social para moverse en las situaciones sociales cotidianas es adquirir la competencia interpretativa y cognitiva que éstas presuponen e inculcan. Nuestro pensamiento no se estructura lógica, sino sociológicamente. Nuestro conocimiento y nuestra experiencia son almacenados en la memoria por su utilización en tareas prácticas. La división de ámbitos cognitivos corresponde a la división de ámbitos sociales. Y esta división asegura que estos ámbitos no entren en contradicción⁵.

El sujeto creyente es, por tanto, también un sujeto escindido: en función de la situación social en que se halle proyectará para darle sentido un marco u otro⁶, marco que supondrá también un determinado grado de implicación y de «creencia» que se activará automáticamente porque el sujeto ha sido producido —ha interiorizado las categorías del orden social— en el curso de repetidas interacciones que ponen en juego una serie limitada de marcos.

4. Estos marcos no son simplemente un asunto mental, sino que corresponden en un sentido al modo en que se organiza un aspecto de la actividad —especialmente actividad que suponga directamente la intervención de agentes sociales—. Están implicadas premisas organizacionales, y éstas son algo a lo que la cognición de alguna manera llega, no algo que la cognición crea o genera. Dado su entendimiento de qué es lo que está pasando, los individuos ajustan sus acciones a este entendimiento y normalmente encuentran que el curso del mundo apoya este ajuste. Estas premisas organizacionales —sustentadas en la mente y en la actividad— es lo que llamo el «marco de la actividad» (Goffman, 1974: 247).
5. Goffman define los marcos como una «puesta entre paréntesis»: las reglas a partir de las cuales se da sentido en un marco pueden no aplicarse a otros —que están práctica y cognitivamente separados—. Sperber (1988) también habla de las prácticas y las creencias mágicas y religiosas como de una puesta entre paréntesis, precisamente por ello las personas pueden sostener creencias religiosas que no serían aceptables si se les aplicase los principios de otros dominios prácticos: los curas católicos insisten en que no se pueden explicar científicamente los dogmas de la fe: exigen una puesta entre paréntesis que preserve de la contradicción.
6. El proceso cognitivo mediante el cual se aplican marcos a la experiencia consta de dos pasos: en primer lugar, el sujeto busca indicios en la situación que le permitan inferir el marco que ha de aplicar para dar sentido a lo que percibe; en segundo lugar, a partir de este marco deduce todas las implicaciones que le van a servir para orientarse en la situación. Este proceso se rige por una ley cognitiva elemental: la de la economía de medios: el marco aplicado será el primero consistente con los indicios observados; es decir, la búsqueda de indicios y la búsqueda de marco son simultáneos: la primera búsqueda finalizará cuando se haya encontrado un marco consistente con lo observado. Pero además es automático y no pasa por la consciencia: normalmente no somos consciente de este proceso de inferencia mediante el cual conferimos significado a nuestro entorno o a las afirmaciones de nuestro interlocutor, sino que contemplamos los resultados de este proceso inferencial como algo natural, que ya estaba ahí previamente a nuestra actividad interpretativa. Este carácter automático del proceso viene dado, fundamentalmente, por la correspondencia entre estructura social y estructura cognitiva: precisamente porque los marcos cognitivos se han formado a partir de marcos organizacionales, sociales, al encuentro de éstos el sujeto llegará, de una forma «natural», automática, a aplicar los marcos cognitivos correctos.

2. Bourdieu: el sentido práctico y el mercado de la interacción

Bourdieu va a integrar las aportaciones de la etnometodología y la sociolingüística americanas, entre otras, dentro de su teoría del *habitus* en el libro que supone el desarrollo más acabado de esta teoría: *El sentido práctico*.

La idea fundamental: buena parte de la teoría sociológica parte de la posición del observador externo, a partir de aquí, se da los discursos como textos a descifrar, como si no tuvieran otra razón de ser que la de ser descifrados, analizados⁷. Proyectando así en el objeto que estudian su particular relación al objeto —la del intelectual que, con el privilegio del tiempo, puede desglosar, analizar, taxonomizar, descodificar, interpretar...— olvidan así que lo fundamental de la práctica discursiva es el hecho de ser una práctica: de funcionar en la inmediatez y en la urgencia.

La competencia lingüística, como todas las competencias sociales, se adquiere prácticamente, mediante un proceso de familiarización con las prácticas discursivas del grupo en el que el sujeto es producido. Mediante este proceso de familiarización con unos espacios, prácticas, discursos que reproducen los esquemas fundamentales de división del mundo social del grupo en el que se halla, el sujeto adquiere la competencia social que le permite ser miembro del grupo y, con ella, interioriza el orden social del grupo: sus divisiones, sus fronteras, sus estructuras...

La producción de enunciados en las situaciones sociales también es una producción práctica: sin tiempo para la reflexión, para el distanciamiento, el sujeto ha de producir sus discursos —como todas sus prácticas— en la urgencia de la situación inmediata. Y esto es posible sólo en la medida en que ha adquirido prácticamente el sentido de las situaciones sociales y de las prácticas adecuadas en ellas: «sentido práctico» que, más allá de la consciencia, permite ajustarse perfectamente a las situaciones sin esfuerzo, sin cálculo⁸.

7. En este punto Bourdieu sigue la crítica que Bajtin (1976) realiza de las teorías del lenguaje que él denomina «filologistas» y el análisis de Goody (1985) de la diferencia entre la producción oral y la escrita.
8. El tema de la rapidez de la interacción, de la urgencia del tiempo en la práctica es fundamental. Tenemos que actuar de la manera adecuada y en un tiempo mínimo. Para darse cuenta de lo que esto significa basta con pensar en todos los análisis producidos por autores como Birdwhistel para describir unos pocos minutos de interacción: hacen falta páginas y páginas. Es sólo por el proceso de familiarización práctica en un universo de prácticas similares que podemos dar cuenta de esta competencia. Y es también por este proceso que podemos hablar de sujetos sujetados sin tener que remitirnos a un sistema de normas interiorizado en una consciencia —concepción durkheiminiana similar a la lingüística que habla del código interiorizado en la mente del hablante (Pizaro, 1979)—. Lo fundamental de este «sentido práctico» es que es un sentido incorporado, es decir, hecho cuerpo. La metáfora de la formación del hablante «competente» no la encontraríamos en el estudio de diccionarios y gramáticas, sino en el bailarín que aprende a bailar bailando, que adquiere, por la repetición de la práctica, el sentido de los movimientos que tiene que hacer en cada momento. Esta adquisición práctica, inconsciente —pero no reprimida— del orden social es la que pone tan bien de relieve Goffman con conceptos como el de «implicación» o el de «territorios del yo».

En virtud de la orquestación de los *habitus* de los agentes que interactúan, y de su adecuación a unos dominios prácticos producidos según los mismos principios, se produce la generación social del sentido como «sentido común». Los procesos de interpretación y significación —procesos que escapan a la consciencia, automáticos, y que producen esa sensación de naturalidad, de reconocer unos significados como «naturalmente» inscritos en las palabras y las cosas— deben sus características precisamente a este acuerdo entre el sentido práctico y el sentido objetivado en las instituciones sociales. Organizado según la lógica cognitiva de economía de medios, y funcionando según este principio, el *habitus*, enfrentado a unas prácticas discursivas con las que está familiarizado —es decir, organizadas según los mismos principios—, nos permite explicar el carácter automático y generalmente exitoso de los procesos de interpretación. Es a partir del sentido práctico que los sujetos van a distinguir lo relevante y dar sentido a los discursos.

Los conceptos de *habitus* y sentido práctico están imbricados con el de marco. Los esquemas generativos se incorporan y se utilizan en dominios prácticos separados entre los que no se aplica el principio de contradicción⁹. Pero también nos dan cuenta de la unidad subyacente a esta diversidad: unidad que no es lógica, sino práctica: la generalización de unos esquemas fundamentales del *habitus* a todos los dominios de la práctica. De esta manera nos remite el análisis de la significación: por un lado, a la situación social en que se genera; por otro, a la posición en el espacio social de las personas implicadas¹⁰.

2.1. *El mercado de la interacción*

Todas las constricciones que las situaciones sociales imponen a la interacción y a la producción de discursos son asimiladas por Bourdieu a una situación de mercado¹¹. Los mercados de la interacción —las situaciones sociales— implican siempre una censura estructural sobre los productos lingüísticos: éstos

9. «La lógica práctica debe su eficacia al hecho de que se ajusta en cada caso, por la elección de los esquemas fundamentales que pone en funcionamiento y por un buen uso de la polisemia de los símbolos que utiliza, a la lógica particular de cada dominio de la práctica. Como consecuencia de ello, las incertidumbres, es decir, las incoherencias que se encuentran en cuanto se quiere confrontar metódicamente todas las aplicaciones particulares del sistema de esquemas. Como la misma palabra recibe un sentido diferente en cada uno de sus grandes dominios de utilización, permaneciendo a pesar de ello en los límites de una familia de significaciones, las estructuras fundamentales se realizan en significaciones que son muy diferentes según los campos» (Bourdieu, 1980: 424).

10. En la medida en que los *habitus*, «clase incorporada», son función de la posición en el espacio social.

11. «El intercambio lingüístico es también un intercambio económico que se lleva a cabo en una cierta relación simbólica de fuerzas entre un productor, provisto de un cierto capital lingüístico, y un consumidor (o un mercado), apto para procurar un cierto beneficio material o simbólico» (Bourdieu, 1985: 40).

van a recibir un «precio» —un valor social— conforme a su adecuación a las leyes del mercado —a las normas que rigen la interacción particular—. Estas «leyes de formación de precios» —que determinan la «acceptabilidad» de los discursos— dependen, por una parte, de la situación, y, por otra, de los sujetos implicados que negocian la valoración de los discursos —y cuyo poder de negociación es función de su posición relativa en el espacio social—. La estructura del mercado determina lo indecible y lo impensable¹². Los discursos —prácticas mediante las que las personas negocian su valor en el mercado de la interacción— van a llevar, por tanto, siempre las marcas de la situación en la que se han producido: la anticipación de las condiciones de recepción formará parte de las condiciones de producción¹³.

Aplicando su esquema general de análisis de prácticas¹⁴ a la producción de discursos en la interacción, Bourdieu afirmará que la producción discursiva ha de entenderse como el producto de la relación entre: *a*) un *habitus* lingüístico, producto de la relación prolongada con los mercados de la interacción (la disposición); *b*) un capital lingüístico y simbólico (la posición), y *c*) un mercado de la interacción, con sus propias leyes de aceptabilidad de prácticas y discursos (el campo).

En una situación social nos vamos a encontrar, por un lado, con unos modelos socioculturales de aceptabilidad de los discursos según las situaciones sociales; por otro, con individuos con determinados *habitus* —que suponen, entre otras cosas, una determinada competencia comunicativa y sentido

12. «Al imponer la formalización, la censura ejercida por la estructura del campo en cuestión determina la forma [...] e, inseparablemente, el contenido, indisociable de su expresión y, por tanto, impensable (en el sentido verdadero del término) fuera de las formas conocidas y de las normas reconocidas» (Bourdieu, 1985: 110-111).
13. «La ciencia de un discurso que únicamente puede existir [...] en la medida en que no sólo sea gramaticalmente correcto, sino también y sobre todo socialmente aceptable [...] deberá tener en cuenta las leyes de formación de precios y características del mercado considerando o, dicho en otras palabras, las leyes que definen las condiciones sociales de aceptabilidad [...] efectivamente, las esperadas condiciones de recepción forman parte de las condiciones de producción y la anticipación de las sanciones del mercado contribuye a determinar la producción del discurso. Ésta anticipación, que no tiene nada que ver con un cálculo consciente, es consecuencia de un *habitus* lingüístico que, en tanto que producto de una primordial y prolongada relación con las leyes de un cierto mercado, tiende a funcionar como un sentido de la aceptabilidad y valor probables de sus propias producciones lingüísticas y de las de los demás en los diferentes mercados. Es este sentido de la aceptabilidad, y no ninguna forma de cálculo racional orientado hacia la maximización de los beneficios simbólicos lo que, al incitar a que se tome en cuenta el valor probable del discurso en la producción, determina a su vez las correcciones y todas las otras formas de autocensura; concesiones que se concede a un universo social por el hecho de hacerse aceptable para él» (Bourdieu, 1985: 50-51).
14. Toda práctica ha de entenderse como producto de la relación entre el sujeto estratégico y el campo donde produce su estrategia. A su vez, en el sujeto estratégico hay que tener en cuenta: *a*) su *habitus*, *b*) su posición actual, su estructura de capital. En la relación entre «disposición», «posición» y «campo» se produce la práctica.

de su valor social¹⁵—, y capital simbólico y lingüístico —en función de los cuales tendrán más o menos poder en la conformación de la definición de la situación y de la estructura de lo decible—. Es en la relación entre estos dos conjuntos de relaciones que se va a producir el discurso.

2.2. *La concepción pragmática versus la concepción idealista*

Podemos resumir las concepciones del sujeto y del discurso que sostiene esta lectura de las teorías de Goffman y Bourdieu, contraponiéndolas al esquema idealista que habíamos expuesto al principio:

- Frente a una concepción idealista del proceso de interiorización de una cultura como proceso de incorporación de «ideas» —creencias, valores, actitudes...— por un sujeto-mente, la consideración del proceso de socialización como un proceso práctico y corporal mediante el que el sujeto adquiere de manera práctica e inconsciente los esquemas cognitivo-corporales para generar prácticas adecuadas a la situación.
- Frente a una escisión entre el decir y el hacer —correlativa a la escisión entre mente y cuerpo—, la consideración del discurso como otra práctica más.
- Frente a la creencia en un discurso verdadero del sujeto, la diversidad de prácticas discursivas según las situaciones y los interlocutores¹⁶. Diversidad de prácticas que no nos llevaría tanto a una escisión de las mismas en «verdaderas» y «falsas» como a la escisión de la existencia —y de la producción social— de los individuos en distintos marcos.

Además, tampoco habría una «práctica» verdadera del sujeto: ésta también variaría en función de las situaciones: de las apuestas en juego, los grupos en presencia, las reglas de aceptabilidad —según la situación— de unas prácticas u otras. Esta diversidad de prácticas —discursivas y extradiscursivas— en las distintas situaciones no significa que el sujeto sea un mero actor —volveríamos, por un rodeo, a la concepción del sujeto compacto: su verdad se hallaría en otra parte—. El sujeto competente es también un sujeto

15. «El sentido del valor de los propios productos lingüísticos es una dimensión fundamental del sentido del lugar ocupado en el espacio social: indudablemente la relación originaria con los diferentes mercados y la experiencia de las sanciones impartidas a las propias producciones constituyen, juntamente con la experiencia del precio concedido al propio cuerpo, una de las mediaciones a través de las cuales se constituye esa especie de sentido personal del propio valor social que regula la relación práctica con los diferentes mercados (timidez, desenvoltura, etc.) y, más generalmente, toda la manera de comportarse en el mundo social» (Bourdieu, 1985: 56).

16. En realidad, parece que las técnicas sociológicas no se han alejado gran cosa de su antecedente arqueológico, la confesión. Si ésta, según Foucault (1978), era un dispositivo de producción de almas, creando una situación de interacción muy específica —especialmente en cuanto al tipo de contenidos que solo pueden ser dichos en ella—, parece que muchas técnicas sociológicas pretenden lo mismo, aunque en este caso el alma reciba otras denominaciones —«opiniones», «actitudes», «valores»...—.

creyente —competencia y creencia se adquieren corporalmente—: puede realizar prácticas distintas u opuestas con convicción¹⁷.

3. La diversidad de prácticas y de discursos

A partir de aquí podemos volver a la pregunta inicial: ¿hacen los sujetos lo que dicen? Está claro que formulada así, sólo cabe una respuesta: los sujetos hacen unas veces unas cosas y otras veces, otras; dicen unas veces unas cosas y otras veces, otras. La pregunta sobre la relación entre el «decir» y el «hacer», planteados como ámbitos separados, debe ser reemplazada por la pregunta por la relación entre la producción de prácticas —discursivas y no discursivas— en las diferentes situaciones: por la diferencia entre sus distintas «censuras estructurales». Y es que no es solamente el discurso el que se produce en una situación social determinada con una «censura estructural» específica: toda práctica del sujeto se produce siempre en una situación social que le impone unos imperativos prácticos materiales y simbólicos —el sujeto se juega en ella recursos y prestigio—. Por ello, todas las prácticas del sujeto variarán en función de la situación —aunque esta variación siempre tiene unos límites bien definidos: aquellos que son posibles dentro de los esquemas prácticos (*habitus*) a partir de los cuales los sujetos definirán y evaluarán la situación y producirán sus actos—. Así, la pregunta sobre la relación entre la producción de los decires y los haceres de los sujetos sólo puede ser respondida empíricamente, en cada caso concreto.

En efecto, desde el momento en que renunciamos a la ilusión del sujeto «verdadero», que tendría prácticas «verdaderas» o discursos «verdaderos», sólo nos queda la reconstrucción, a partir de la investigación empírica, de la diversidad de sus prácticas —incluyendo entre éstas los discursos— en los diversos ámbitos —situaciones sociales, marcos, conjuntos de relaciones sociales— en los que se mueve. Sólo a partir de esta confrontación entre esta diversidad de praxis podremos comenzar a reconstruir los «esquemas básicos» de acción —esquemas prácticos, incorporados— que, producto de la historia del sujeto —de todos los conjuntos de relaciones sociales que lo han producido—, nos permite construir la coherencia de esta diversidad: una coherencia cuyo principio no estaría en ninguna manifestación «verdadera» de su «ser» —de su «conciencia»—, sino, por una parte, en la historia de la producción —escindida y dispersa del sujeto, incorporada en un *habitus*— y, por otra, en los conjuntos de relaciones sociales en que produce sus prácticas en la actualidad.

A partir de aquí quisiera resaltar una serie de puntos.

El primero es que debemos huir de dos ilusiones complementarias en la consideración de la relación entre los sujetos y sus discursos: la ilusión de la transparencia del sujeto y la ilusión de su opacidad.

17. Esto no significa, por supuesto, que no haya situaciones en las que el sujeto «mienta» —en el sentido común del término—, sino que no se puede reducir la diversidad de enunciados que genera un sujeto al binomio verdad/mentira.

La ilusión de la transparencia del sujeto es común en la práctica de las encuestas de opinión: se supone una coherencia básica —aparte de algunos «sesgos» que con una técnica «correcta» se «compensarían» unos a otros (teorema de la mano invisible aplicado al mercado de la interacción)— entre lo que el sujeto hace, lo que piensa y lo que dice¹⁸. En otras palabras, el sujeto dice lo que piensa —transparencia de la enunciación— y el sujeto hace lo que piensa —transparencia de la lógica de producción de las acciones al sujeto actuante—. Podríamos saber lo que hace el sujeto porque el sujeto dice lo que piensa que hace y no hay ruptura en ningún eslabón de la cadena¹⁹.

Frente a esta ilusión, hay que recordar:

- a) que el sujeto no siempre hace lo que piensa hacer: no sólo porque la situación concreta con sus determinantes materiales —recursos en juego— y simbólicos —censura estructural— se puede imponer a la voluntad de los sujetos, sino también porque éstos pueden actuar a partir de esquemas prácticos que, adquiridos prácticamente, escapan a su consciencia;
- b) que, por supuesto, el sujeto no siempre dice lo que piensa: ya hemos visto

18. Este supuesto se produce, tal como hemos subrayado, fundamentalmente «en la práctica» de las encuestas: una práctica que, salvo contadas excepciones, se aleja en muchos aspectos de las liturgias metodológicas de los manuales. En efecto, a la hora de interpretar/analizar los resultados de las encuestas de opinión, el sociólogo suele proceder cognitivamente de la misma manera que describe Goffman en su teoría del marco. Si los «datos» confirman sus inferencias —hipótesis explícitas o implícitas— se supone que son buenos: la técnica ha recogido el discurso verdadero de los sujetos y el analista prosigue su análisis como si se hubiera dado una transparencia en la enunciación. Este marco sólo se abandona cuando los datos parecen absurdos, incoherentes, inconsistentes con las inferencias del analista, entonces se pondrá en cuestión —pero sólo para estas preguntas— la transparencia de los sujetos: mienten, engañan, ocultan, tergiversan. En este caso, el analista tendrá que corregir —aplicar un coeficiente de corrección— a sujetos tan indóciles. Es decir, que en la práctica de las encuestas, el hecho de que el «dato» —la «opinión», la «actitud»...— se construya en una situación de interacción sólo suele salir a la superficie cuando cuestiona los supuestos del analista.
19. Esta ilusión de la transparencia del sujeto hablante no es privativa de las encuestas. También la encontramos en determinados usos de la entrevista como método «socrático» de parir la verdad: como relación privilegiada entre el entrevistador y el entrevistado que abriría su corazón. Precisamente, el mismo Bourdieu, a quien aquí hemos citado con profusión, parece haber renunciado en una de sus últimas obras a la «vigilancia epistemológica» para entusiasmarse en un «populismo metodológico» que vale la pena citar: «Ofreciéndole una situación de comunicación completamente excepcional, liberada de las constricciones, especialmente temporales, que pesan sobre la mayoría de los intercambios cotidianos, y abriéndole alternativas que le incitan o autorizan a expresar malestares, faltas o demandas que descubre al expresarlas, el investigador contribuye a crear las condiciones de la aparición de un discurso extra-ordinario, que podría no haber sido sostenido jamás, y que, sin embargo, ya estaba ahí, esperando sus condiciones de actualización. [...] Ocurre incluso que, lejos de ser simples instrumentos en manos del investigador, conduzcan de alguna manera la entrevista, y la densidad e intensidad de su discurso, como la impresión que dan a menudo de experimentar una especie de alivio, incluso de realización, todo en ellos evoque la *felicidad de expresión*.» (Bourdieu, 1993: 914-5).

que el discurso se produce siempre en una situación específica con una determinada censura estructural.

Por su parte, la ilusión de la opacidad del sujeto plantearía, como presupuesto de partida, una discontinuidad radical entre los tres ámbitos: el sujeto no dice lo que piensa que hace, bien porque lo oculta —discontinuidad entre el pensamiento y el habla—, bien porque lo ignora —discontinuidad entre el pensamiento del sujeto y la lógica de su acción—. Tomando la forma canónica de la oposición entre discurso «manifiesto» y discurso «latente», la aproximación del analista siempre estaría basada en una metodología de la sospecha²⁰: en la búsqueda de un discurso «verdadero» —«latente»— bajo el «falso» —«manifiesto»—. El sujeto siempre sería un sujeto engañoso: con los otros y consigo mismo.

Esta posición, aparte de la arrogancia interpretativa que supone —el analista sabe lo que los sujetos quieren decir de verdad y que éstos ignoran²¹—, cae de nuevo en una ilusión sustancialista: habría un sujeto verdadero oculto bajo el manifiesto. Y es que, si como hemos argumentado al tratar la ilusión de la transparencia, si es cierto que *no siempre* los sujetos dicen lo que piensan y *no siempre* hacen lo que piensan, ello no puede llevarnos a la postura opuesta: a pensar que los sujetos son siempre opacos, que *nunca* dicen lo que piensan y que *nunca* hacen lo que piensan. Frente a la escisión entre un sujeto manifiesto —falso— y un sujeto latente —verdadero—, la teoría que propugnamos plantea otro tipo de escisión: la escisión de la producción del sujeto por diferentes conjuntos de relaciones sociales —marcos, ámbitos de experiencia— y la escisión de la producción de prácticas en distintas situaciones sociales con censuras estructurales e imperativos prácticos diversos.

20. Nada mejor que recurrir a la magnífica prosa de Foucault para exponer esta perspectiva: «A este tema se refiere otro según el cual todo discurso manifiesto reposaría secretamente sobre un “ya dicho”, y ese “ya dicho” no sería simplemente una frase ya pronunciada, un texto ya escrito, sino un “jamás dicho”, un discurso sin cuerpo, una voz tan silenciosa como un soplo, una escritura que no es más que el hueco de sus propios trazos. Se supone así que todo lo que al discurso le ocurre formular se encuentra ya articulado en ese semisilencio que le es previo, que continúa corriendo obstinadamente por bajo de él, pero al que recubre y hace callar» (1970: 40).

21. Con la contraposición entre discurso «latente» y «manifiesto» —es decir, con la consideración del discurso como «síntoma»— nos hallamos ante la importación de los esquemas producidos en la situación de psicoanálisis, que toma muchas de sus características de la situación psiquiátrica clásica, en especial la posición opuesta de los discursos del analista y del analizado: el analista estaría del lado del saber; el analizado del de un no-saber: no se le reconoce como interlocutor de pleno derecho, ya que su discurso es síntoma de otra cosa. Postular el discurso como síntoma en realidad no es sino una versión de una estrategia interaccional muy extendida: no discutir los argumentos del contrario, sino reducirlos remitiéndolos a una causa extradiscursiva del discurso: «tú dices eso porque tienes envidia». Esta estrategia interaccional se convierte en principio sistemático en la relación entre el analista y el analizado, reproduciendo así, en una versión más suave —el analizado contribuiría también al esclarecimiento de la verdad— la posición clásica entre el psiquiatra y el loco: aquél es el dueño del sentido de las palabras de éste.

Podemos ilustrar la diferencia entre estas dos perspectivas y la que propugnamos con un caso muy común: un sujeto produce un discurso sobre un dominio de sus prácticas en el que intenta aparecer según los baremos de legitimidad que considera adecuados —y de los que sus prácticas efectivas se alejan muchas veces—. Bajo la perspectiva de la transparencia de los discursos habría que tomar una alternativa: pensar que el sujeto es, en este caso concreto, transparente y aceptar su discurso al pie de la letra o, por el contrario, pensar que en este caso concreto no lo es: su discurso estaría «sesgado» y habría que «corregirlo» —o descartarlo. Bajo la perspectiva de la opacidad del sujeto, su «presentación en público» sería sólo una máscara inesencial, accesorio; su verdad estaría en otra parte: en las prácticas o motivos ocultos (latentes) que el analista podría vislumbrar bajo la superficie del discurso: sólo le interesaría este fondo «profundo». En la perspectiva que aquí defendemos, el objeto de análisis sería precisamente esta tensión entre el ámbito de las legitimidades y el de las prácticas concretas en situaciones concretas: las legitimidades declaradas —la «presentación en público»— serían una parte tan importante del sujeto como las prácticas que se alejan de esta legitimidad; la acción se concebiría siempre como una tensión entre los esquemas prácticos incorporados en la historia anterior del sujeto y los imperativos concretos —prácticos, simbólicos...— que condicionan su actuación en situaciones determinadas²².

22. Se puede contestar a esto que, al final, se está volviendo a una concepción de un sujeto «verdadero»: éste se hallaría en los esquemas generativos de producción de pensamientos y prácticas. Y se puede conceder que, en parte, se está volviendo a cierta forma de «sujeto verdadero»: claro que aquí la expresión significaría una cosa muy distinta de lo que significa en la concepción idealista que hemos estado criticando —¿un problema lingüístico?—:
- Estamos hablando de esquemas generativos de prácticas, incorporados en conjuntos distintos de relaciones sociales —marcos—: estos esquemas generativos hacen posibles y pensables ciertas opciones e impensables otras. El abanico de prácticas y discursos de cada sujeto es, de esta manera, muy amplio —en función de las situaciones—, sin llegar nunca a abarcar todas las opciones. Todas las prácticas y discursos efectivamente realizados por el sujeto serían así, en cierto sentido, «verdaderos»: nos informarían sobre sus esquemas generativos y las condiciones sociales de su funcionamiento.
 - De esta manera, en principio, no podemos distinguir prácticas verdaderas y falsas: todas están en función de la relación entre esquemas generativos y situación concreta del actor. La distinción pertinente sería, así, no entre prácticas y discursos «verdaderos» y «falsos», sino entre «posibles»/«probables» e «imposibles»/«improbables».
 - Estos esquemas generativos, a su vez, pueden ser muy distintos —incluso opuestos— y coexistir en un mismo sujeto: es la teoría del marco.
 - El «sujeto verdadero» —por emplear una expresión cada vez más problemática en este marco teórico—, así, ni sería un sujeto que se expresase como tal más en unas prácticas que en otras, ni sería un sujeto coherente y homogéneo —que tendría un corpus de opiniones, actitudes, etc.—: no sería un fondo de discursos verdaderos esperando emerger. Estaría formado por el conjunto —escindido— de sus esquemas generativos —integrados en marcos—.
 - La labor del sociólogo sería, aquí, la reconstrucción de estos marcos, de estos esquemas generativos —que nos llevan a los conjuntos de relaciones sociales en que ha sido producido el sujeto—, junto a la reconstrucción de los esquemas a partir de los cuales se produce su activación diferencial en distintas situaciones sociales: claro que, aquí, la expresión de sujeto «verdadero» —es decir, opuesto a «falso»— pierde todo sentido.

El segundo punto que quiero abordar es una propuesta metodológica. La búsqueda de la «técnica correcta», sin sesgos, para recoger el discurso verdadero de los sujetos debería ser reemplazada por una vigilancia continua sobre la relación entre la situación de producción de discurso y de prácticas y la economía comunicativa del grupo social estudiado: vigilancia de la relación entre la situación de producción de discurso y las situaciones de prácticas a que el discurso se refiere; vigilancia de la relación entre la situación de producción de discurso y otras situaciones interaccionales en la economía comunicativa del grupo estudiado; vigilancia del papel del investigador en la construcción de los marcos a partir de los cuales se dará sentido a la situación...

Esta vigilancia requiere una minuciosidad empírica más propia de lo que tradicionalmente se ha llamado «método etnográfico» que de los saltos esporádicos al terreno a recoger un pedazo de discurso que son costumbre en las investigaciones sociológicas: sólo confrontando la diversidad de prácticas y discursos en los diversos ámbitos relevantes podremos superar las inevitables sobreinterpretaciones y subinterpretaciones que conlleva construir un análisis sobre la base de un discurso muy específico producido en una situación muy específica.

Bibliografía

- BAJTIN, M. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Publicado bajo el nombre de V.N. Voloshinov; existe una reciente edición en Alianza Ed.)
- BOURDIEU, P. (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- (1993). «Comprendre». En P. BOURDIEU (ed.). *La misère du monde*. París: Seuil.
- FOUCAULT, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- (1978). *Historia de la sexualidad, vol. 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI de España.
- GOFFMAN, E. (1963). *Behavior in Public Places*. Nueva York: The Free Press of Glencoe.
- (1974). *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*. Nueva York: Harper & Row. (reed. 1986, Boston, Northeastern University Press).
- GOODY, J. (1985). *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal.
- GUMPERZ, J.J. (1982). *Discourse strategies*. Cambridge University Press.
- HYMES, D. (1972). «Models of the Interaction of Language and Social Life». En J.J. GUMPERZ; D. HYMES (ed.). *Directions in Sociolinguistics*, 2ª ed. 1986, Oxford: Basil Blackwell, p. 407-434.
- PIZARRO, N. (1979). *Metodología sociológica y teoría lingüística*. Madrid: Alberto Corazón.
- SPERBER, D. (1988). *El simbolismo en general*. Barcelona: Anthropos.
- WITTGENSTEIN, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.